

tas únicas nos empuje a todos a dar pasos de gigante en las próximas semanas, veo problemático el llegar a acuerdos de fondo que permitan candidaturas comunes.

En todo caso, si se cumplen mis vaticinios, que esto nos sirva de

lección para no dejar las cuestiones para el último momento y, una vez pasadas las elecciones, con los muchos datos y experiencias que nos brindarán, lograr de una vez para todas coincidir de algún modo en lo mucho que nos une. ■

Ante la unidad socialista

Andrés de Blas Guerrero
(Partido Socialista Popular)

1. La unidad requiere el reconocimiento previo de la legitimidad de origen y vida y, valga la expresión, de todas las organizaciones socialistas existentes en España. La fragmentación actual no es obra de agudas diferencias doctrinales, personalismos, ambiciones o circunstancias semejantes. Hay varios partidos socialistas hoy porque el socialismo organizado de preguerra no fue capaz, y ello es comprensible, de dar el marco institucional al socialismo surgido en el franquismo. Hasta la renovación del PSOE, este partido se mantuvo en unas posiciones extraordinariamente discutibles que conectaban con la, en mi opinión, más desgraciada historia del socialismo español, la de la II República y la guerra civil. En consecuencia, surgió el PSI (después el PSP) y surgieron otras organizaciones socialistas.

La renovación del PSOE debería haber sido el momento de poner en marcha la unificación. Si no se hizo fue fundamentalmente porque aquellos socialistas que hablaban protagonizado la renovación del PSOE no quisieron entonces, seriamente, la unidad de los socialistas.

2. Lo que pasó antes no tiene hoy, sin embargo, otro valor que el de explicar, sin deformaciones ni caricaturas, el que estemos ahora desunidos. Desaparecidas las causas históricas que justificaron aquella situación, aquí no hay ningún argumento de carácter ideológico o doctrinal, que nos impida la realización de la unidad. Las diferencias que en este terreno nos pueden separar no van más allá de las que un gran partido puede soportar. Se parte del supuesto de que un partido socialista unido pretende ser en España algo más que un partido mayoritario, pretende ser, sobre todo, el partido hegemónico de la izquierda.

Y un partido con estas pretensiones, salvo que quiera hacer del despotismo y de la institucionalización de la oligarquía armas de actuación cotidiana, tiene que aceptar el hecho de la existencia en su seno de auténticas corrientes intrapartidistas incompatibles con la defensa de posiciones dogmáticas. Junto a las

posiciones marxistas rotundas, ese partido deberá dar reconocimiento a la existencia de otras corrientes ideológicas en la entraña misma del socialismo europeo que deberán tener su sitio en él, y desde luego, la existencia de otros socialistas que partiendo de una profunda estimación de las grandes posibilidades metodológicas que el marxismo implica, no podemos —sin violencia intelectual— calificarnos de políticamente marxistas.

3. La unidad debe pasar, necesariamente, por ofrecer una solución al reto electoral que se nos avecina. Cuando se desea para España un partido socialista hegemónico en la izquierda, cuando se pretende evitar una repetición del caso italiano, no se pueden correr riesgos, más que probables, derivados de una imagen desunida e incoherente ante el electorado. Las elecciones no deben agotar, sin embargo, el proceso unitario que debe seguir hasta el final. Y a este final no se va a llegar exigiendo disoluciones de los partidos, en principio, minoritarios.

Puesto que este país y su clase política han aprendido más de temas electorales en los últimos meses que a lo largo del franquismo, es de esperar que se abra camino la idea de una representación proporcional de las distintas organizaciones socialistas en un gran partido socialista. Esta representación proporcional, indispensable en el inicio de la unidad, podrá ir siendo innecesaria conforme la unidad resulte soldada desde la base. Reconocido el principio, las fórmulas pueden ser varias. La representación proporcional puede establecerse a nivel de un Consejo de Unidad Socialista, a nivel de una Ejecutiva estatal, de las federaciones regionales y partidos federados o las agrupaciones locales.

En cualquier caso, no vamos a ser los primeros socialistas europeos que realicen un proceso de unidad. Que se estudien fórmulas y que se negocien las alternativas. Siempre que estas fórmulas y alternativas sean ajenas al irracionalismo y a la arrogancia, la solución puede alcanzarse. ■

Los
ConteM
poRa
nEoS

DEL CHUPETE A LA TETA

EXTRAÑO país —y bastante desdichado— aquel en el que cuando sucede algo de carácter normal se saluda y recibe como algo extraordinario. Lo normal es tener relaciones diplomáticas con la URSS. Es, ha sido y será lo normal desde hace años, para los países que comúnmente se llaman normales. No lo era para España, por una serie de truculencias que invadían nuestra política exterior. La invadían desde dentro, claro, desde la política interior. Bien, ahora estamos como los demás países del mundo: tenemos relaciones con la URSS. Y nos parece algo extraordinario. Seguimos con noticias de lo normal que se convierten en fabulosas. Lo normal es que un Ejército no se inmiscuya en las ideas políticas del ciudadano. Lo normal es que los partidos políticos existan sin necesitar el permiso de los Gobiernos. Hasta diríamos que lo verdaderamente normal, a excepción de países como el de Idi Amin o el de Pinochet, o cualesquiera parecidos, los Gobiernos existen con permiso de los partidos políticos. Con perdón, y mejorando lo presente. Porque los partidos representan al pueblo, y el pueblo resulta ser el que elige los Gobiernos...

Cuando se producen noticias como éstas nos exaltamos y jubilamos; y aplaudimos a quienes nos las otorgan. Así de tontos somos. O así de aplastadas están nuestras vocaciones de lo normal.

Y, gracias a ello, nos tragamos otras anomalías que nos van cercando, constriñendo, reduciendo. Que la legalización de los partidos pueda depender del Supremo, que una Audiencia Nacional herede los pleitos del Tribunal de Orden Público. Y que se conviertan en materia reservada las noticias o comentarios sobre la investigación de los recientes actos de terrorismo. Nos tragamos estos sapos detestables de las detenciones por razones ideológicas, de las prohibiciones de revistas y libros. De los registros en casas de directores de periódicos, o de los asaltos nocturnos a las casas de los periodistas. Nos tragamos amenazas, advertencias, vigilancias, sospechas y sustos.

Y sonreímos con beatitud cuando un poeta comunista y un Rey —monárquico— se estrechan la mano en Roma. Lo normal nos parece extraordinario (más normal: que la entrevista se produjese en Madrid).

Hemos venido ya a ser tan humildes, tan arrastrados, tan pequeños, que cualquier regreso a lo normal nos parece un inmenso regalo, una concesión prodigiosa por parte de los que mandan y mandaron: y hacemos como que no vemos, o no queremos enterarnos, de las mil leyes represivas, que siguen existiendo, de las mil trampas que cada día se abren bajo nuestros pies.

El chupete de la democracia inventada hace acallar los sollozos. No es chupete lo que necesita el bebé español. Es, con perdón, teta. Mucha teta.

La teta de la normalidad. De la normalidad normal. ■

POZUELO